



INFORMATIVO  
DOMINICANO  
INTERNACIONAL

n°615, Octubre  
2021

## Tabla de contenidos

<i>El Papa Francisco nombra a fray Simon Francis Gaine, OP, miembro de la Comisión Teológica Internacional .....</i>	<i>1</i>
<i>Por amor a Santo Domingo .....</i>	<i>2</i>

## El Papa Francisco nombra a fray Simon Francis Gaine, OP, miembro de la Comisión Teológica Internacional



El Papa Francisco ha nombrado miembro de la Comisión Teológica Internacional (CTI) a fray Simon Francis Gaine, OP, de la Provincia de Inglaterra que actualmente enseña en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino (Angelicum) en Roma.

El CCI está compuesto por un máximo de 30 teólogos de diversas escuelas y naciones, nombrados por el Santo Padre por un mandato de cinco años, tras ser propuestos por el Cardenal Prefecto de la Congregación y previa consulta a las Conferencias Episcopales. Los miembros de la comisión son conocidos por su conocimiento y fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Como miembro de la comisión, se espera que fray Simon Francis asista a la Santa Sede y principalmente a la Congregación para la Doctrina de la Fe en el examen de cuestiones doctrinales de gran importancia.

Fray Simon ingresó en la Orden en 1995, tras completar sus estudios de doctorado en la Universidad de Oxford. Durante muchos años fue lector y Fellow en Blackfriars, Oxford, donde enseñó teología fundamental y dogmática. Ha servido a la provincia como prior de Blackfriars y regente de estudios durante los últimos ocho años. También fue promotor provincial de las fraternidades sacerdotales de santo Domingo y contribuyó a la formación del primer grupo de sacerdotes diocesanos de la provincia.

Actualmente es titular de la Pinckaers Chair in Theological Anthropology and Ethics en el Instituto Tomista del Angelicum. La cátedra lleva el nombre del célebre teólogo moral dominicano Servais-Theodore Pinckaers, OP, que en el siglo XX contribuyó a redescubrir un enfoque de la ética caracterizado por la búsqueda de la felicidad, la teoría de la virtud y una comprensión de la libertad humana basada en la noción de realización teleológica. Como titular de la Cátedra Pinckaers, fray Simon promueve la comprensión y la investigación sobre la persona humana, basándose en la sabiduría teológica y filosófica de santo Tomás de Aquino.

Entre los libros de fray Simon figuran “Will There Be Free Will in Heaven? Freedom, Impeccability and Beatitude”, London / New York, T and T Clark, 2003 y “Did the Saviour See the Father? Christ, Salvation and the Vision of God”, London: Bloomsbury T and T Clark, 2015. ■

## Por amor a Santo Domingo

Reflexión de un sacerdote diocesano dominicano



No puedo ocultar mi emoción al reflexionar sobre los acontecimientos y revelaciones que me llevaron a enamorarme de santo Domingo y me llevaron a profesar en junio de 2021 en las Fraternidades Sacerdotales de santo Domingo en la Provincia Romana de santa Catalina de Siena. Estoy convencido de que en cada uno de estos acontecimientos hubo una caricia del Señor. Mi camino hacia la Orden Dominicana fue inesperado y sinuoso, por lo que comenzaré mi relato de manera sencilla, presentándome.

Me llamo Alessandro Caserio, tengo 39 años y actualmente soy sacerdote diocesano y ejerzo como vicario parroquial en la Parroquia de Santa María Madre del Redentor en Tor Bella Monaca, Roma. Tras haber obtenido el bachillerato en teología en la Pontificia Universidad Lateranense, estoy completando mis estudios de liturgia en la Pontificia Universidad de Sant’Anselmo.

Nací y crecí en Roma. Desde muy joven pude experimentar la belleza de la fe a través de la familia que el Señor me dio: mi madre Anna, mi padre Carlo y mi hermana Pierangela. La casa en la que crecí fue siempre, y sigue siendo, un lugar de encuentro concreto con el Señor; sin el ejemplo de fe y de amor gratuito que me dieron mis padres, quizás nunca habría elegido consagrar mi vida al Señor. También experimenté la belleza de la fe en la comunidad parroquial de San Felice da Cantalice, confiada a los frailes capuchinos en el barrio de la Centocelle de Roma. Allí recibí todos los sacramentos de la iniciación católica, tuve mi primera experiencia de servicio como monaguillo a la edad de nueve años, y luego continué el camino del servicio, primero como ministro adulto y luego, a partir de 2001, como acólito. Mi ministerio como acólito fue particularmente formativo porque me exigía con frecuencia visitar a los enfermos, encontrar a los pobres y atender con extrema concreción sus necesidades espirituales y materiales. Esto me llevó a descubrir que el servicio al pueblo de Dios enriquecía mi vida, no sólo porque me proporcionaba algo que hacer por los demás, sino también porque me formaba interiormente, alimentando mi compasión. Mis años en Centocelle fueron fundamentales para mi vida de fe.

Aun así, en los años siguientes, también perseguí una vida de materialidad. Empecé a trabajar tanto en varias tiendas como en oficinas públicas mientras estudiaba arquitectura en la Universidad de la Sapienza de Roma, donde me licencié en 2009. Después, trabajé para una prestigiosa empresa americana que me pagaba bien y me comprometí con una chica de mi parroquia natal que compartía mis sueños, proyectos y camino de fe. Parecía que lo había conseguido todo: era feliz tanto profesional como emocionalmente. Pero el sentimiento vaciló, y precisamente durante ese período percibí una insatisfacción cada vez mayor.

Tras un largo periodo de discernimiento espiritual, comprendí que el Señor me pedía que le siguiera de otra manera y que viviera una vida diferente a la que yo mismo había planeado; me llamaba a ser sacerdote diocesano. En consecuencia, en 2012, inicié el camino formativo hacia las órdenes sagradas en el Pontificio Seminario Romano Mayor, situado en la Archibasílica de San Juan de Letrán, en Roma, y el 12 de mayo de 2019, el Papa Francisco me ordenó sacerdote en la Basílica de San Pedro en la Ciudad del Vaticano.

Aunque mi historia pueda parecer sencilla, en realidad no lo fue. Cuando decidí dejar mi trabajo como arquitecto para seguir las órdenes sagradas, estaba lleno de dudas; me sentía no sólo inadecuado para la vocación a la que el Señor me llamaba, sino también temeroso de dejar todo lo que había construido durante los largos años de estudio y trabajo. Sin embargo, por la gracia de Dios, encontré la fuerza para saltar a la oscuridad, y desde los primeros días del seminario, la oscuridad comenzó a desvanecerse en luz y respiré con una paz y una serenidad que nunca había sentido. Día tras día, estaba más seguro de que el Señor me llamaba a la vida de sacerdote diocesano. Pero, al mismo tiempo, crecía en mí una inquietud porque veía un gran riesgo en la vida diocesana, a saber, el de no tener una espiritualidad básica que dirigiera, alimentara y apoyara la vocación sacerdotal. Cuando compartí mis preocupaciones con los educadores del seminario, me explicaron que el carisma del sacerdote diocesano es el del Buen Pastor, el de estar abierto a todos los carismas, el de ser para todos los fieles. Esta respuesta no me satisfizo, pues me pareció fácil e inadecuada, así que decidí poner en práctica las palabras del Evangelio de Lucas: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque el que pide obtiene, el que busca encuentra, y al que llama se le abre”. Comencé a pedirle al Señor en oración que me indicara qué “prenda espiritual” consideraba mejor para mí, y la respuesta me llegó a través de la dirección espiritual. El Señor me había dado un padre espiritual sabio y culto, que un día me dijo las palabras que siempre recordaré: “Lee Santo Domingo y su tiempo, de Marie-Humbert Vicaire. Es un libro exigente, pero tienes tres meses para leerlo todo ¡nada más! Subraya todo lo que te llame la atención porque será el objeto de nuestra dirección

espiritual durante algún tiempo”. Para ser sincero, la sugerencia me pareció absurda por la razón de que, hasta ese momento, apenas conocía la existencia de santo Domingo y, entre otras cosas, nunca había expresado ningún interés por los dominicos o las órdenes mendicantes ¡a pesar de ser de una parroquia de frailes franciscanos! Sin embargo, por obediencia, compré el libro y comencé a leerlo. Para mi sorpresa, un amor por santo Domingo comenzó a crecer en mí mientras absorbía sus 700 páginas.

Una de las primeras afirmaciones sorprendentes del libro fue que santo Domingo “no se vio impulsado a estudiar por pura curiosidad, ni por una avidez desmedida de conocimiento, sino por la sed de la verdad”. Eso me habló a mí como estudiante, que como tal era tan diferente a santo Domingo. Mi objetivo al leer libros en el seminario siempre había sido obtener buenas calificaciones ¡no saborear la verdad! Me causó una gran angustia reconocer mi enfoque equivocado del estudio, pero santo Domingo, a través de las palabras de Vicaire, comenzó a tranquilizarme cambiando mi relación con el estudio. Más tarde, mi formación intelectual se transfiguró por completo al leer el ensayo “The Wellspring of Hope: Study and the Annunciation of the Good News”, de fray Timothy Radcliffe, OP, que reveló el estudio como una necesidad que surge del silencio, del que es como una continuación. Según Radcliffe, la verdad estudiada y compartida en caridad con los demás es la fuente más profunda de alegría. Con el tiempo me di cuenta de que no centrar el estudio en la aprehensión de la verdad habría hecho que me marchitara lentamente. Me habría impedido preparar homilias que revelen el Misterio a los hombres y mujeres de hoy, aconsejar a las personas que el Señor pone en mi camino y saber escuchar, que es el peor impedimento de todos porque la fe nace de la escucha.

Otra afirmación reveladora en el libro de Vicaire fue que santo Domingo estaba tan “conmovido por la miseria de los pobres y devorado por la compasión que resolvió con un solo gesto obedecer los consejos evangélicos y aliviar la miseria de los pobres moribundos de la manera que le era posible: vendió los libros que poseía”. Esto me habló como antiguo acólito y como pastor. Fue un acto de un increíble impulso espiritual porque no sólo fue un acto de gran caridad sino también de gran renuncia:

los libros de santo Domingo eran sus tesoros materiales. En este gesto vi y sigo viendo el camino de la verdadera pobreza, la que el mismo Jesús nos enseñó, es decir, vaciarnos concretamente y humillarnos sin esperar enriquecimiento ni afirmación. Mi fe cristiana se apoya en este tipo de pobreza, una pobreza no sólo ética y moral, sino cristológica. La pobreza es la forma incarnationis con la que Jesús nos salvó.

Otra descripción notable en el libro de Vicaire fue la de la vida apostólica de santo Domingo como instrumento para salvar almas. Antes de que santo Domingo aceptara su misión de convertir a los cátaros de su tiempo, el Papa Inocencio III había lanzado expediciones que luego fracasaron. Santo Domingo reconoció que el fracaso se debía a la incoherencia entre la vida sencilla que predicaban los misioneros y la fastuosa que vivían. Según Domingo, los misioneros no podían ser así testigos creíbles del Evangelio que profesaban. Esto me habló como pastor y evangelizador. En la espiritualidad dominicana encontré el modelo de vida apostólica tan necesario en el mundo consumista de hoy: si he de predicar el Evangelio y aspirar a la perfección evangélica, debo seguir el consejo de santo Domingo conformándome con Cristo, viviendo la vida de pobreza que vivió Jesús y evitando que mis pensamientos y actos se contaminen con una mentalidad mundana. Sólo así podré ser un operador de su sacerdocio eterno que construye la Iglesia en el mundo.

El libro de Vicaire es muy querido para mí, así como muchos otros que leí después, como El Diálogo de santa Catalina de Siena; Santo Domingo visto por sus contemporáneos de Pietro Lippini, OP; La gran alegría: la espiritualidad dominicana como estilo de vida diario, de Antonietta Potente, OP; El vino nuevo de la espiritualidad, de Paul Murray, OP; y todo lo de Timothy Radcliffe, OP. Me han hecho amar a Santo Domingo, me han atraído a la Orden de Predicadores de tal manera que aspiro a hacerlo:

- Vivir en verdadera comunión, animada por la Palabra de Dios, con mis hermanos en el presbiterio y con todas las personas que el Señor pone en mi camino, compartiendo la fe, la amistad y los acontecimientos tristes y alegres de la vida;
- Escuchar incesantemente la Palabra de Dios contenida en la Escritura, en la

parroquia y en el camino de la vida, para conocer a Dios y su plan de amor y salvación, y escuchar atentamente al pueblo de Dios, para conocer sus esperanzas, sus temores, sus alegrías y, sobre todo, su afán de verdad;

- Estudiar para reflexionar sobre la “multifacética sabiduría de Dios” y discernir los “múltiples caminos del Evangelio en las cosas creadas, en las obras e instituciones humanas y en las diferentes religiones” para poder realizar un verdadero servicio ministerial de la Palabra;
- Contemplar a Dios y su verdad operando en la historia de la humanidad, saborear la Palabra a través del silencio y asimilarla en la oración y comunicar a los demás la bondad de Dios, la grandeza de su presencia en nosotros y la universalidad de su salvación;
- Celebrar la Palabra revelada “solemnemente y en común”, especialmente en la celebración eucarística diaria, porque “la celebración litúrgica es el centro y el corazón” de toda mi vida, a través de la cual puedo dar gloria a Dios, invocar la misericordia del Padre por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo, fortalecer mi fe y discernir la eficacia de la misión que el Señor me pide que cumpla; y
- Predicar el nombre de nuestro Señor Jesucristo por todo el mundo, como razón de ser de mi existencia, proclamando a todos los hombres la Palabra de Dios que salva y transforma a la humanidad.

Doy gracias a Dios, de todo corazón, por haber podido iniciar mi camino en las Fraternidades Sacerdotales Dominicanas porque estoy convencido de que es el “lugar espiritual y comunitario” que el Señor ha decidido darme para custodiarme, formarme y hacerme crecer en santidad a lo largo de todos los años de ministerio presbiteral que su infinita misericordia decida concederme.

¡Para alabanza y gloria de Dios! ■



**Curia Generalitia  
Fratres Ordinis Praedicatorum**

Piazza Pietro d'Iliria, 1  
00153 ROMA

E-MAIL

**idi@curia.op.org**  
**press@curia.op.org**

WEBSITE

**www.op.org**  
**idi.op.org**



**dominicus800.op.org**  
[www.op.org/jubilee-2021-dominicus-800](http://www.op.org/jubilee-2021-dominicus-800)